

**HERNANDO, Bernardino M.**, 2007: *La corona de laurel. Periodistas en la Real Academia Española*. Madrid, Asociación de la Prensa de Madrid, 918 págs.

Este libro del profesor Bernardino M. Hernando es un trabajo espléndido, hecho con el rigor documental de un investigador universitario, con la minuciosidad de un entomólogo y con la devoción literaria de un poeta exquisito. Una vez que han quedado debidamente establecidos estos datos para la historia cultural de nuestros días, podemos pasar ya al análisis detallado de esta obra.

Previamente, y para mejor comprensión del impulso creador de este libro, creo que es útil dejar aquí reseñados unos sucintos rasgos extraídos de la biografía del autor. Bernardino M. Hernando, actualmente jubilado como docente, ha sido hasta hace un par de años profesor titular de la asignatura *Redacción Periodística* en la Facultad de CC. Información de la Universidad Complutense de Madrid, donde ejerció magistralmente tareas educativas desde la década de los 70. En 1987 alcanzó el grado de doctor en periodismo en esta universidad con un magistral trabajo titulado *Lenguaje periodístico. Vocabulario comparado de los periódicos de Madrid*. Durante sus años universitarios en la UCM, el profesor B. M. Hernando estuvo siempre vinculado al Departamento de Periodismo I y fue el editor-coordinador de esta revista que nos acoge –*Estudios sobre el Mensaje Periodístico*– entre los años 1994 y 1997, período correspondiente a la primera etapa de la publicación. Desde noviembre de 1992 es vocal de la Junta Directiva de la Asociación de la Prensa de Madrid y desde finales del 2007 desempeña el cargo de archivero-bibliotecario en esta junta colegial. Su trayectoria profesional es igualmente relevante y dilatada: director de las revistas *Vida Nueva* y *Sociedad-Familia*, redactor jefe del diario *Informaciones*, de Madrid, durante la segunda época, y colaborador de varios periódicos, agencias de prensa y emisoras de radio. En su colección de galardones profesionales figura el Premio Luca de Tena correspondiente al año 1991. Ha publicado unos cinco mil artículos periodísticos y libros con variados enfoques temáticos que responden también a diversos géneros literarios: narración, biografía, ensayo y poesía.

La primera dificultad con la que se topó el autor a la hora de decidir el contenido concreto del libro fue la decisión acerca de quiénes, siendo académicos de la Española, debieran ser también considerados periodistas. Efectivamente, declara B. M. Hernando, en pocos de los escritores anteriores a nuestra época podremos distinguir con claridad y sin dudas su condición periodística. “Y no por defecto -añade-, sino por exceso: todo los escritores españoles, desde el siglo XVIII, han tenido algo que ver con el periodismo, y la inmensa mayoría han publicado textos en los periódicos. Si consideráramos periodistas a cuantos han escrito en los periódicos llegaríamos al absurdo de descubrir que no sólo todos los académicos fueron periodistas, sino que lo fueron también todos los miembros del gobierno de turno. Y de casi todas las asociaciones por remotamente culturales que fueran. Al amparo de tan elástico acogimiento se ha llegado a llamar a la II República Española *república de*

*periodistas*”. Consecuentemente, y para superar esta dificultad inicial, el autor dedica el primer capítulo de su trabajo a una labor de deslinde y tipificación conceptual de la actividad profesional de los periodistas, lo que le lleva finalmente a elaborar un catálogo preciso de casi un centenar de preclaros hombres de letras españoles situados entre de los siglos XVIII y XXI en quienes concurre de modo indubitable esta doble consideración social: la de ser periodistas a la vez que miembros de número de la Real Academia Española.

La Academia nació entre 1713 y 1714 como resultado del acuerdo surgido en una tertulia de ocho amigos bien avenidos entre sí y relacionados con el poderoso marqués de Villena. Desde sus comienzos no ha sido tarea difícil saber quiénes son en cada momento los académicos. No ha ocurrido lo mismo históricamente con los periodistas. Bernardino M. Hernando alude, en los comienzos de su obra, a las complicaciones documentales para alcanzar este designio: “la enojosa tarea de averiguar quién es periodista”. Esta dificultad fue especialmente grave durante todo el tiempo en que la actividad periodística era un ejercicio literario libre e individual que no contaba con ningún respaldo colegial o corporativo, situación que se mantuvo hasta 1895, año en que se funda la Asociación de la Prensa de Madrid (APM). Es decir: el investigador tenía ante sí casi 200 años de desfase institucional entre la RAE y los colegios profesionales. Pero, por otra parte, la aparición, primero, de las asociaciones de la prensa y, posteriormente, de los sucesivos registros de profesionales no le ha servido para mucho en más de una ocasión. Sirva como ejemplo el caso de Eugenio D’Ors. Elegido académico en 1927 e ingresado en 1938, fue presidente de la Asociación de la Prensa Diaria de Barcelona (1920) y vicepresidente de la Federación de la Prensa de España (1922-1926). No obstante, el autor, con excelente criterio, no incluye a este pensador catalán en la nómina de periodistas-académicos estudiados en su libro. El genial glosador, “especialista en ideas generales”, no fue nunca, propiamente hablando y más allá de todas las polémicas suscitadas en su día, un verdadero periodista profesional, sino un excelente colaborador de prensa más o menos habitual, un escritor para periódicos, un publicista en el sentido de la tercera acepción prevista para este vocablo: “persona que escribe para el público generalmente de varias materias” (DRAE, 22<sup>a</sup> ed.). Otros académicos ninguneados en este canon de B. M. Hernando, por razones análogas a las utilizadas con E. D’Ors, son M. Menéndez Pelayo (que ingresó en la APM en 1902), Miguel de Unamuno, Ramón Menéndez Pidal (también ingresado en la APM en 1902), Francisco Rodríguez Marín, Salvador de Madariaga, José María Pemán (inscrito en Registro Oficial de Periodistas, ROP) y Guillermo Díaz-Plaja (que figura también en dicho ROP).

Una vez desbrozados todos los obstáculos metodológicos aquí someramente apuntados, *La Corona de Laurel* selecciona un total de 96 nombres a quienes el prof. M. Hernando considera titulares de un doble mérito cultural: ser periodistas y académicos numerarios. De éstos, seis académicos periodistas están situados cronológicamente en el siglo XVIII -“El Siglo de las Luces”, cap. 2; El siglo XIX, cap.

3; “El siglo de la política”- acumula un total de 48 “inmortales”, la cifra más alta de literatos aquí reseñados. Y el recientemente agotado siglo XX -“El siglo del periodismo”, cap. 4 y último de este libro- se apunta la cifra de 42 autores. (Entre estos 42 periodistas del siglo XX hay que incluir a Pérez-Reverte, ingresado en la docta casa en los primeros años del siglo XXI, exactamente el 12 de junio del 2003). Parece que para la denominación peculiar atribuida a cada uno de estos siglos, el autor se ha podido inspirar en una cita de Alonso Zamora Vicente, del año 1999, recogida en el primer capítulo: “En el siglo XVIII (la Real Academia Española) era aristocrática ya que esa era la casta social que poseía la cultura; en el XIX responde a una sociedad variopinta pero vacilante; en el XX surge la Academia de los universitarios, en el siglo XXI veremos la Academia de la información”.

Bernardino M. Hernando analiza detenidamente la figura de cada uno de este centenar de personajes de la historia cultural española desde un enfoque narrativo propio de la modalidad reporteril llamada perfil o semblanza biográfica, es decir, un bosquejo con la descripción física o moral de la persona seleccionada, una biografía incompleta en la que se recuerdan los hechos más importantes de la vida de nuestros periodistas-académicos. Estas semblanzas, como norma general, ofrecen dos aspectos distintos del currículo de cada personaje: su perfil profesional como periodista y su perfil como académico de la RAE. La doble entrada en esta especie de enciclopedia especializada que es, a la postre, *La Corona de Laurel*, permite entender la presencia en el libro de autores que, de acuerdo con los criterios de selección utilizados por el autor para académicos como Eugenio D’Ors, no debieran figurar en la nómina total de la obra. Estoy pensando, por ejemplo, en el cuarteto de académicos que B.M.H. engloba dentro de un sugerente epígrafe -“Un periodismo falangista residual”- y en el que aparecen incluidos Zunzunegui, Torrente Ballester, Camilo J. Cela y José García Nieto. De entrada, muchos profesionales y expertos teóricos del periodismo de nuestros días (yo mismo me incluyo en este pelotón de reticentes) se resistirían a considerar periodistas a los cuatro académicos mencionados. Craso error: la lectura de las semblanzas correspondientes nos lleva a la conclusión de que la presencia de estos nombres en el libro está perfectamente justificada: A este periodismo falangista residual, apostilla B. M. Hernando, “podríamos llamarlo *periodismo de juventud* porque lo fue en el caso de Zunzunegui y Cela. No así, o por lo menos no en la misma medida, en Torrente Ballester y García Nieto, cuya vida profesional iba por otros caminos, aunque estuvieron siempre en relación con el periodismo. Los cuatro tuvieron su carné profesional de periodistas y tres de ellos (Torrente, Cela y García Nieto) fueron asociados de la APM. Ya sabemos que la pertenencia a la APM o la presencia en el Registro Oficial de Periodistas no es garantía de casi nada, pero es preciso tenerlo en cuenta”. Efectivamente, los perfiles profesionales de los cuatro “falangistas residuales” demuestran sobradamente que es correcta su inclusión en el reparto final de esta *Corona*.

De todo el repertorio de autores analizados, yo deseo hacer aquí una mención

especial de Miguel Delibes. Por dos razones fundamentales: porque considero que él es el paradigma más claro y ejemplar de la concurrencia armónica en sí de las dos dimensiones analizadas en el libro, y porque el periodista Delibes fue nombrado Doctor *Honoris Causa* por la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense a propuesta, precisamente, del Departamento de Periodismo I, responsable de la publicación de la revista universitaria que tenemos entre las manos. (A propósito de esto, ofrezco aquí una pequeña rectificación a los datos de la nota 275, página 845: la investidura de Delibes como Doctor *Honoris Causa* por la UCM no fue el 28 de junio de 1988, sino el 26 de junio de 1987).

En la obra conjunta de Miguel Delibes aparecen claramente diferenciados los aspectos periodístico-profesionales de los empeños novelístico-literarios del escritor. Manuel Leguineche sintetizó perfectamente esta capacidad cartesiana que se detecta en la vida del escritor vallisoletano: “Miguel era un hombre universal, catedrático en la Escuela de Comercio por la mañana, periodista por la tarde, novelista por la noche. Todo sin salir de Valladolid...”. Desde mi punto de vista, a lo largo de la actividad periodística y literaria de Delibes hay siempre presente un decidido propósito de delimitar de forma clara y distinta lo que hacía como periodista, al frente de *El Norte de Castilla*, de lo que hacía como autor de sus obras de ficción. “La diferencia que nos ocupa -escribí yo con motivo de la *laudatio* en su investidura- está entre el Delibes que escribe novelas y artículos de ensayo, por un lado, y el Delibes que por otro lado toma decisiones acerca de los contenidos, las fuentes y la forma concreta de esos mensajes colectivos que llamamos noticias, pues precisamente en esto tan aparentemente sencillo consiste ser periodista: en tomar ciertas decisiones profesionales en virtud de las cuales determinados hechos sociales van a convertirse en noticias para miles de ciudadanos”. Es indudable que Delibes entró en la RAE por su obra como escritor de textos de ficción, en los que aparece de forma deslumbrante su maestría para resucitar materiales léxicos prácticamente desaparecidos del habla urbanita de nuestros días: voces de tipo rural, de pájaros, de vocablos relativos a la cinegética o a la pesca. Y también es cierto que él nunca se ha considerado un académico de despacho, experto en gramática y lexicografía. Es más, desde hace ya 25 años ha manifestado cierto grado de desencanto por su experiencia en la Casa: “No me divierte nada la Academia. Hasta el punto de cada vez voy menos a las reuniones semanales” -decía en 1983-. Pero también es incuestionable que este “académico de escaparate”, con 88 años sobre sus espaldas, es para todos nosotros, según apunta acertadamente Bernardino M. Hernando, “un referente vital y ético. Por fortuna para todos”. Y no solamente es un referente por su legado como novelista, sino también por su actitud profesional, haciendo frente a la censura de prensa en su etapa periodística de los años 50 y 60 frente a los ministros del ramo, uno de ellos Fraga Iribarne. También es bueno recordar aquí el magisterio de Delibes en el campo de la escritura. “Cualquier pecado es disculpable en el lenguaje periodístico -señalé en la *laudatio* citada- excepto el de la oscuridad en los conceptos. Y Delibes es un maestro en el arte de decir cosas claras y

precisas, sin asomo de ambigüedad por parte alguna. Él, además, llega eficazmente a este ideal de claridad mediante una prosa casi ascética, desvestida y sin galas: tanto mejor, por tanto, para quienes desearíamos escribir como él lo hace”.

Finalmente, debemos agradecer y felicitar a los periodistas de la junta directiva de la asociación madrileña, la APM, por su preocupación en estimular y promover obras de investigación como este impagable libro del profesor M. Hernando. Hace dos años, y con el mismo sello editorial, se publicó *La Casa de los Periodistas. Asociación de la Prensa de Madrid. 1895-1950*, primera parte de una trilogía monumental de Víctor Olmos sobre los profesionales madrileños (véase la reseña de este otro libro en el núm. 13/2007 de *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, pág. 602-604). *La Corona de Laurel* viene a dar otra vuelta de tuerca en el esfuerzo corporativo por conocer las raíces históricas y los episodios más memorables de la historia colectiva de la profesión periodística. Uno y otro libro, además, no sólo atienden al legítimo interés de unos profesionales por conocer su pasado, sino que en estas páginas está también recogido el latido de toda la historia cultural, moderna y contemporánea, del pueblo español.

Ciñéndonos ahora exclusivamente a *La Corona de Laurel*, vale la pena repetir aquí la afirmación con la que iniciaba esta reseña bibliográfica: Bernardino M. Hernando ha llevado a feliz término una obra de colosal envergadura y lo ha hecho con el rigor documental de un profundo investigador universitario, con la minuciosidad de un entomólogo y con la devoción literaria de un poeta exquisito, un poeta que nunca deja de lado un delicado y austero sentido del humor. Enhorabuena al doblemente colega, como profesor y como periodista.

José Luis M. ALBERTOS

Universidad Complutense de Madrid